

EL POETA EN LA CORTE

Hace unos días vino á Madrid un amigo provinciano... Este amigo es poeta de corazón y no de palabras... Aquí se encontró desorientado é inapetente.

--Yo no podría vivir en este ambiente de falsedad y de saobismo—me decía.—Llegué hace dos días y siento no haberme dejado llevar del primer impulso que me excitó á cojer el tron al día siguiente...

Mi amigo tiene razón. Para un poeta la corte es una estepa desolada y estéril. Las mujeres son figurines (aunque figurines bellísimos) y los hombres son híbrides que carecen de vigorosos entusiasmos y de la natural rusticidad semi-virgen del hombre-tipo...

Solo concrecionándose como yo, el medio carece de peligros y deja de influir sobre el individuo; pero mi amigo mira á las cosas sin sospechar de ellas, sin recelo; su espíritu tiene una ingenuidad y una franqueza geórgicas, sin ese escepticismo que prepara la previsión, y él no conoce la quinta esencia fétida de las pequeñas perversidades de una capital. El cree en muchas cosas y luce en sus ojos (apologéticos de su carácter) el fuego sacro y radioso del optimismo y de la fecundidad...

Por esto él ha desaparecido sin despedirse, como huyendo, de improviso. Ha hecho bien. Su virilidad peligraba. Su estro se sgostaría aquí. Siga él en su nidal andaluz, en la tierra sultana donde el árabe ritmó colorinistamente en sus mezquitas y ensoñó preceptiva amaestrando á las muchedumbres en el arte de sombrar flores, regalándole en esa afición el venero de las más poéticas inspiraciones... Aquí se haría filósofo, perdiendo, por consiguiente, su efusiva sentimentalidad poética, aunque conservara de sus intenciones y de sus sensaciones pasadas la técnica palabarrera que aquí les sirve para hacer afliggrandas poesías á algunos *cerebrales*, cuya alma insidiosa él conoce privadamente en los apartes de la simulación, pero cuyo resultado artístico y público él admira. Parece que el poeta como el actor, cuanto más friamente se apodera del papel, cuando más ageno es á su emoción, mejor lo domina, mejor lo representa. Esto quizá valga un aplauso. Pero yo sé que él no querrá perder su calor íntimo: ni la realidad de sus sensaciones, para afinar el arte del gesto, de la exhibición y de la liviana apariencia, que evitarían además el placer neurótico y sano que le prodiga, antes de florecer, su poesía de la que no es actor, sino personaje...

Siga incubando al par que viviéndoles, sus estrofas tornasoladas, fonoras é intensas, cuya estraña rudeza reconforta como un grato olor á naranjos, que se sobrepone al elegante, refinado y artificioso olor de los esencieros.

Ramón GÓMEZ DE LA SERNA

Madrid.



HORAS DE ENSUEÑO

Amor. Lirismo. Esperanza.

Canta un sueño, lira mía;
Canta un sueño de mujeres
Y de cielo y de ambrosia;
Canta un sueño de quereres,
—Ensoñación, poesía.—

En los labios de mi amada
Nieva líricas endechas,
Que son sus labios de hada,
Y son encendidas flechas
De voluptuosidad; dí una
Estrofa de madrigal,
De suspiros y de luna...
A sus ojos de cristal
Y placidez de laguna.